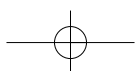
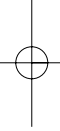
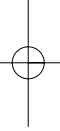


PRIMERA PARTE
Por qué fui a Z rich



1

— ¿Cuándo decidió usted que debía venir a Zúrich, señor Staunton?

— Cuando me oí gritar a voz en cuello en el teatro.

— ¿Lo decidió en ese mismo instante?

— Creo que sí. Me sometí después al examen habitual para estar totalmente seguro, pero podría decir que la decisión la tomé en el mismo instante en que me oí gritar sin poder controlarlo.

— ¿El examen habitual? ¿Podría decirme algo más sobre ese punto, si es tan amable?

— Desde luego. Me refiero al tipo de examen que uno siempre lleva a cabo para determinar la naturaleza de su propio comportamiento, su grado de responsabilidad sobre sus actos y todo eso. Yo había dejado de tener dominio sobre mis actos. Era preciso hacer algo para remediarlo. Y debía hacerlo yo antes de que otros lo hicieran en mi nombre.

— Por favor, hábleme de nuevo acerca del incidente en el que se puso a gritar. Si es posible, con más detalle.

— Sucedió anteayer, es decir, el 9 de noviembre, a eso de las once menos cuarto de la noche, en el teatro Royal Alexandra, en Toronto, que es la ciudad en la que vivo. Me encontraba sentado en una pésima localidad, en el gallinero. Esto es de por sí poco corriente. La actuación se llamaba, de manera un tanto

10 ROBERTSON DAVIES

grandilocuente, la *Velada de las ilusiones*. Era un espectáculo de magia a cargo de un ilusionista llamado Magnus Eisengrim. Es muy conocido, según tengo entendido, al menos para las personas que gustan de esa clase de espectáculos. Uno de los números se titulaba «La cabeza de bronce del fraile Bacon». Una cabeza de grandes dimensiones, que parecía de bronce, pero que estaba hecha de un material semitransparente, parecía flotar en el centro del escenario. No se veía de qué manera estaba amañado el truco, supongo que con alguna clase de cables. La cabeza del fraile daba lo que parecían ser consejos para determinadas personas presentes entre el público. Eso fue lo que me enfureció. Eran imprudencias lo que decía, tonterías, insinuaciones escandalosas, sobre adulterios, o chascarrillos, cotilleos picantes, basura, y noté que me iba ganando la irritación por el hecho de que todas aquellas personas estuvieran interesadas en tanta carroña. Aquello era una injustificada invasión de la privacidad, ya me entiende usted, debida a aquel mago cuya confanzuda superioridad... ¡Y no era sino un charlatán, se lo aseguro, que se las daba de tutear a personas serias! ¡Mera condescendencia! Me di cuenta de que estaba alterado, sin haberme movido de mi butaca, aunque no fue sino al oír mi propia voz cuando comprendí que me había puesto en pie y que estaba dando voces de cara al escenario.

—Y gritó usted...

—Bueno, ¿qué habría esperado usted que gritase? Grité a voz en cuello. Y eso quiere decir que grité muchísimo, pues no me falta experiencia a la hora de dar voces. Grité: «¿Quién mató a Boy Staunton?» Y entonces aquello fue un maremágnum.

—¿Se armó un escándalo en el teatro?

—Así es. Un hombre que estaba de pie en su palco soltó un alarido y cayó de bruces. Muchas personas más murmuraban. Algunos se pusieron en pie para ver al autor de los gritos, pero se calmaron de inmediato, pues la cabeza de bronce comenzó a hablar de nuevo.

—¿Y qué fue lo que dijo?

—Parece que hay varias opiniones. Según los noticiarios, la cabeza de bronce dio a entender que había sido asesinado a manos de una banda de malhechores. Yo todo lo que sé es que oí algo acerca de «la mujer que conocía, la mujer que no conocía». Y eso, cómo no, sólo puede hacer referencia a mi madrastra. Pero ya estaba poniendo pies en polvorosa, decidido a salir de allí cuanto antes. La escalera que lleva al gallinero es muy empinada, y me encontraba en un estado de gran excitación, además de avergonzado por lo que había hecho, de modo que en realidad no la llegué a oír nada bien. Lo que quería era salir de allí antes de que nadie me reconociera.

—¿Porque... resulta que usted es Boy Staunton?

—No, no, no. Boy Staunton era mi padre.

—¿Y fue asesinado?

—¡Pues claro que fue asesinado! ¿Es que no ha leído usted los periódicos? No fue precisamente un asesinato de tres al cuarto, en el que muere un pordiosero de barrio bajo por unos cuantos cientos de dólares. Mi padre era un hombre muy importante. No exagero si digo que su asesinato fue una noticia con repercusión mundial.

—Entiendo. Lamento mucho no haberme enterado. Bien, ¿le parece que repasemos una parte de su historia?

Y así lo hicimos. Fue largo, y para mí fue a menudo doloroso, pero mi interlocutor era un examinador inteligente, y por momentos tuve conciencia de haber sido un testigo incompetente o insatisfactorio, al dar por sentado que él estaba al corriente de cosas que yo no le había contado, o de cosas que no podía saber. Me dio vergüenza decir «pues claro» tantas veces, como si estuviera dándole pruebas directas, y no esa clase de suposiciones que en el mejor de los casos son precisamente eso, una presunción, cosa que yo mismo no habría tolerado en el relato de un testigo. Me avergoncé de haber sido tan asno en una situación a la que me había dicho —y había dicho a otras personas en cantidad de ocasiones—, que bajo ningún concepto me sometería: hablar con un psiquiatra, pedir ayu-

12 ROBERTSON DAVIES

da de manera ostensible, aunque sin tener la menor confianza en que pudiera proporcionármela. Nunca he llegado a creer que esa clase de personas puedan hacer nada por un hombre inteligente, nada, claro está, que él no pueda hacer por sí mismo. He conocido a muchas personas que sí han recurrido a los psiquiatras, y todas y cada una de ellas eran personas dadas a recurrir a lo que fuera, personas que habrían recurrido a un cura en el caso de haber vivido en una época en la que primase la fe, o que habrían recurrido a una persona que adivinara el futuro en los posos del té, o a un astrólogo, caso de que no tuvieran dinero suficiente para contar con los servicios de un farsante de marca mayor. Y allí estaba yo, sin otra cosa que hacer, salvo someterme a todo ello.

Tuvo una faceta entretenida. Yo no sabía qué esperar de todo aquello, pero estaba bastante seguro de que me indicaría que me tendiera en un diván y me preguntaría por cuestiones sexuales, lo cual habría sido una pérdida de tiempo, ya que no tengo yo cosas sexuales de las que hablar con nadie. Allí, en el despacho del director del Instituto Carl Jung, en el 27 de Gemeindstrasse, en Zúrich, no había diván; no había nada más que una mesa y dos sillones, una lámpara, o dos, y algunos cuadros, en general de aspecto orientalizante. Y el doctor Tschudi. Y el gran alsaciano del doctor Tschudi, cuya mirada de curiosidad cortés y vigilante era sobrecogedoramente parecida a la del propio doctor.

—¿Su guardaespaldas? —dije al entrar en el despacho.

—Ja, ja —rió el doctor Tschudi de una manera con la que iba a familiarizarme muy bien mientras estuviera en Suiza. Es la manera que tienen los suizos de reconocer con la debida cortesía que se ha hecho un chiste, pero sin dar pie de ninguna manera a que se siga bromeando. Sin embargo, tuve la impresión —se me da francamente bien esto de recibir impresiones— de que el médico recibía a clientes sumamente estrafalarios en aquel mismo despachito, tan suizo, y que el perro tal vez fuera de utilidad no sólo como animal de compañía.

El ambiente reinante en todo el Instituto Carl Jung, por lo que había llegado a ver, me pareció desconcertante. Era una de esas casas zúricuesas bastante altas, de un aspecto que no resulta ni doméstico ni profesional, aunque huele a ambas cosas. Tuve que tocar el timbre varias veces para que me abriesen la puerta, cuyo cristal emplomado me impedía ver si alguien acudía a abrirme. La secretaria que al final me recibió parecía una médico, y prescindía de la ansiosa sonrisa de una relaciones públicas. Para llegar a presencia del doctor Tschudi tuve que subir un largo tramo de escaleras, en las que se propagaba el eco, que me hicieron recordar el viejo colegio de mi hermana. No estaba yo preparado para nada de lo que vi; creo que me esperaba algo en lo que se combinase la sensación de una clínica con el ambiente horripilante de un manicomio en una película de las malas. Todo aquello, en cambio, resultó, en fin, de lo más suizo. De lo más suizo, digo, ya que si bien no había ni rastro de relojes de cuco, de chokolatinas ni de bancos, sí tenía una suerte de domesticidad desprovista de todo lo que pudiera ser acogedor, un pragmatismo sumamente natural, dentro del cual no era nada fácil estar seguro de qué era lo que uno se traía entre manos, que me dejó en franca desventaja. Y aunque al ir de visita a un psiquiatra contaba con perder parte de mis privilegios profesionales, que siempre me situaban en una posición de ventaja, no podía contar con que me agradase en el momento de encontrármelo sobre la mesa.

Estuve una hora con el director. Surgieron algunas cosas de importancia en el transcurso de la charla. En primer lugar, dijo que en su opinión me podrían venir bien algunas sesiones exploratorias con un analista. En segundo lugar, comentó que el analista no debería ser él mismo, sino alguien que él me recomendaría, y que pudiera aceptar a un nuevo paciente en esos momentos; alguien a quien él mandaría un informe; asimismo, señaló que antes debía someterme a un examen físico completo, para asegurarme que el análisis, y no una terapia puramente física, era lo más aconsejable para mí. El doctor

14 ROBERTSON DAVIES

Tschudi se puso en pie y me estrechó la mano. Me ofrecí a estrecharle también la pata al alsaciano, pero el animal se mofó de mi jocosidad, y la sonrisa del director no pudo ser más invernal.

Volví a encontrarme en la Gemeindstrasse, sintiéndome como un asno. A la mañana siguiente, en mi hotel, recibí una nota en la que se me comunicaban las indicaciones sobre el lugar en el que me sometería a mi examen médico. También se me indicó que visitara a las diez en punto de la mañana, tres días después, al doctor J. von Haller, quien me estaría esperando.